

Snyder, se echa de menos la inclusión de la discusión filosófica de corte epistemológico que da ocasión de tematizar. La pregunta inicial que no se responde, “Is not science *supposed* to be impersonal?”, bien podría haber indicado el inicio de un diálogo con esta discusión. A pesar de no tener este objetivo, los temas sobre la “dimensión humana”, la memoria, la ciencia y el método invitan a esta discusión y el libro mismo ofrece recursos varios para continuarla. Para hacer algunas breves anotaciones al respecto, la autoría de cualquier escrito ha sido ampliamente puesta en cuestión desde la filosofía debido a la distancia temporal entre el “autor” y sus intérpretes —por mencionar no más que un argumento— que consecuentemente supone entender el trabajo de la memoria o el uso de los clásicos como una reconstrucción que tendrá, desde una perspectiva política, primordialmente la función de reflexión de fenómenos actuales y una función formativa orientada al futuro (aquí vale anotar que las entrevistas incluyen la pregunta “¿cree que ha sido malinterpretado?”, cuyas respuestas serían valiosísimas en esta discusión). O la pregunta sobre cómo definir a la ciencia, si en función del método o de la búsqueda de la verdad o, como creemos que Munck y Snyder responderían, por elementos simbólicos como el estatus de los científicos, económicos como la búsqueda de recursos, o normativos como las condiciones institucionales que simultáneamente constriñen y posibilitan el juego científico. Tal vez el énfasis en los elementos sociológicos de estos temas es ya un diálogo con esta discusión epistemológica y una toma de posición que celebramos, no obstante su latencia.

Alejandro Blanco, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, 280 pp.

LAURA ANGÉLICA MOYA LÓPEZ*

En su libro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Alejandro Blanco ofrece una interpretación original y sugerente sobre el desarrollo de esta ciencia social entre los años cuarenta y setenta del siglo pasado, en esa nación sudamericana. Este libro no es una biografía intelectual de Germani, en el sentido de otras obras que entrelazan las coordenadas vitales fundamentales de un autor con las tradiciones científicas en que se anclan sus textos y el contexto sociopolítico y económico que enmarca una trayectoria. Tampoco estamos frente a un intento de análisis de los conceptos y las ideas —en sí mismos— del connotado sociólogo italiano, cuyas contribuciones más reconocidas se ubican en la teoría de la modernización latinoamericana. La obra de Blanco, en consecuencia, no se reduce a una exégesis de las obras de Germani, por lo que sus páginas no tienen como fin elaborar análisis con-

* Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

ceptuales de las categorías dominantes de su pensamiento. Lo anterior también constituye otra ruta posible de reflexión en la historia de la sociología, que conlleva su propia metodología, tal y como ha sido desarrollada por la historiografía conceptual alemana. Si bien este puede ser un escenario factible de explicación en el terreno de la historia de las ciencias, Blanco propone una lectura de la trayectoria intelectual de Germani que pretende colocar la interpretación de su obra y sus resultados en el contexto de los dilemas y las interrogantes planteados para la sociología en los años en que vivió en Argentina, y que consistieron, entre otros, en la imperiosa necesidad de renovación de la disciplina. Alejandro Blanco ofrece una reflexión que es difícil de lograr: nos aporta una interpretación sobre la historia de la sociología en Argentina, que parte de un análisis cuidadoso sobre la metodología y los problemas en la escritura de la historia contemporánea de las disciplinas y de la ciencia, y construye un retrato muy dinámico sobre el desarrollo de esta ciencia al articular elementos de reflexión histórica diacrónica y sincrónica que tienen como centro la trayectoria intelectual de Gino Germani.

Blanco optó —según sus propias palabras— por un historicismo acotado que lleva a explicar los textos y el pasado *en sus propios términos*; es decir, procura evitar cualquier vicio presentista en su investigación, el cual, siguiendo a Skinner, consistía en atribuir al pasado características, atributos o categorías que sólo provienen del presente. Lejos se encuentra Blanco de considerar el papel de los prejuicios en el sentido que definió Gadamer, en la interpretación de un historiador contemporáneo de la sociología. Tampoco centra su libro en la atribución de la intencionalidad como hilo conductor de la obra de Germani, o en la idea del contexto como un entorno dado del que se deriva una imputación de sentido.

En cambio, Blanco parte de un planteamiento que el lector conoce desde el inicio del libro y al que permaneció fiel en su escritura: los textos y la trayectoria de un autor como Germani pueden cobrar significado en una narración histórica, a la luz de hipótesis sobre lo que el autor intentaba hacer al escribir textos y emprender proyectos, revelar qué cuestiones se planteó, a qué audiencias se dirigía y en qué debates intervino. Para explicar lo anterior, Blanco articuló tres escenarios de la vida de Germani en Argentina, que dan cuenta de este propósito: analizó la actividad editorial, las orientaciones intelectuales y las polémicas en que participó, y finalmente lo ubica en el contexto de la institucionalización de la sociología científica en Argentina.

Los escenarios en que Blanco despliega las ideas e iniciativas de Germani, y a los que nos referiremos un poco más adelante, se realizaron bajo diversos imperativos representativos del espíritu de la época: la modernización y el debate sobre el desarrollo socioeconómico en América Latina y, en consecuencia, las iniciativas para el estudio de las ciencias sociales en esta región por parte de organismos internacionales. Los afanes de la UNESCO y la CEPAL se centraban en la articulación entre las ciencias sociales y el diseño de políticas públicas. En el contexto argentino se sumaba además la necesidad de comprender las consecuencias del peronismo como un fenómeno cultural, en el contexto de la sociedad de masas y las experiencias históricas autoritarias. Las ideas de Germani, y sus esfuerzos por impulsar una sociología científica, sólo cobran su justa proporción en este contexto, atinadamente narrado por

Blanco y complementado con los claros contornos sobre el desarrollo y el proceso de institucionalización de la sociología en Argentina. El autor de *Sociología y racionalidad* retoma a Eward Shils para analizar el proceso argentino: una disciplina se institucionaliza cuando puede ser estudiada como un tema mayor, más que como una disciplina adjunta, enseñada por profesores especializados y no como actividad subsidiaria a su actividad profesional, cuando existen posibilidades para la publicación en revistas especializadas en una vertiente de conocimiento científico. Otros criterios contemplados por Blanco para referirse a la institucionalización de la sociología en Argentina radican en la existencia de financiamiento, provisión logística y administrativa para la investigación a través de instituciones establecidas —en lugar de que los recursos provengan del propio investigador—; también se requieren oportunidades establecidas y remuneradas para el desarrollo de la práctica de la disciplina en cuestión y una demanda relativa a los resultados de investigación a generar. Finalmente, la emergencia de libros de texto y la aparición de sociedades científicas figuran como criterios a considerar para la evaluación de procesos de institucionalización disciplinar. A partir de este conjunto de criterios, Blanco señala que la sociología en Argentina no estuvo plenamente institucionalizada hasta 1957, cuando fueron creados oficialmente el Departamento y la Carrera de Sociología. El antecedente fundamental consistió en las cátedras que en varios países de América Latina se habían establecido desde el último cuarto del siglo XIX. Sin embargo, en Argentina fue en los años cuarenta del siglo XX cuando se ubican los primeros indicadores institucionales: se fundó el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, entre 1942 y 1947 se publicó el *Boletín del Instituto de Sociología*, y se creó el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociológicas, bajo la dirección de Renato Treves, en la Universidad Nacional de Tucumán. En ese mismo año, la editorial Losada publicó su Biblioteca de Sociología, coordinada por Francisco Ayala.

En estas circunstancias, Blanco inserta el primer escenario de la vida intelectual de Germani, quien llevó a cabo una importantísima actividad editorial a partir de 1944 y durante casi veinticinco años. Primero se desempeñó como director de la colección Ciencia y Sociedad, en la editorial Abril, y de Biblioteca de Psicología y Sociología, en Paidós. Ambas editoriales le posibilitaron a Germani una amplia labor de difusión intelectual con la elaboración de traducciones, estudios preliminares y prólogos a través de los cuales difundió una literatura relativamente desconocida en ese medio. Asimismo, vinculó a la sociología con el debate referido al porvenir de las democracias en el entorno de la sociedad de masas, el fenómeno populista argentino y el desarrollo de los regímenes totalitarios en la Europa de mediados del siglo XX. Autores como Harold Laski, Erich Fromm, Bronislaw Malinowski, Walter Hollischer, George H. Mead, Viola Klein, Guido de Ruggiero, entre muchos otros, fueron dados a conocer —afirma Blanco— gracias al impulso intelectual de Germani. La excelente historia cultural recreada por el autor de *Razón y modernidad*, a través de la reconstrucción histórica de la vida intelectual y editorial en Argentina, de 1944 hasta los años setenta, le permiten preguntarse sobre el sentido que puede cobrar el estudio de colecciones editoriales para la comprensión de las ideas de Germani en

torno a la sociología científica y su vinculación con otras disciplinas, como la antropología, la psicología social, el psicoanálisis, la pedagogía, así como corrientes filosóficas, como el pragmatismo o el funcionalismo. El esfuerzo realizado por Blanco de difundir nuevos autores e ideas, no sólo respondió a la existencia de un público de lectores en formación —dada la incipiente demanda de, por ejemplo, lectura psicoanalítica—, sino que también atendió la necesidad de crear nuevos vocabularios para el análisis de fenómenos sociales cada vez más complejos, y orientado por el imaginario cultural del humanismo científico impulsado por Germani y Enrique Butelman (uno de los fundadores de Paidós).

La empresa editorial impulsada por Germani cobra su enorme dimensión cuando Blanco la ubica en el contexto de las grandes compañías editoras españolas y argentinas posteriores a la guerra civil española, que precedieron a Paidós, y otras que fueron sus contemporáneas: Losada, a partir de 1938, con su famosa Biblioteca de Sociología, dirigida por Francisco Ayala, y otras de gran tradición, como Lautaro, Deucalión y Nueva Visión. El panorama presentado por Alejandro Blanco aporta datos nada despreciables a la hora de estudiar el mundo editorial argentino: éste se convirtió en un importante núcleo de socialización intelectual y constituyó una verdadera red de asociación que aglutinó a intelectuales universitarios, marginados por el peronismo. En esta circunstancia y frente al predominio de la Sociología de Cátedra —imbuida en el pensamiento alemán, en la crítica antipositivista y con un vocabulario restringidamente disciplinar—, Germani figuró como un autor que defendía la traducción de autores anglosajones, bajo la pretensión de insertar la sociología en el conjunto de las ciencias sociales y convertirla en una verdadera ciencia que articulara teoría y técnica, a la manera de José Medina Echavarría, uno de sus principales interlocutores.

Alejandro Blanco nos presenta en su novedoso libro dos escenarios más en los que se desarrolló la trayectoria de Germani, profundamente vinculados entre sí. El primero se refiere a las corrientes intelectuales y los debates en que colaboró y que lo condujeron a sentar las bases de una sociología científica, ante el dominio de la sociología de cátedra en círculos amplios y bajo liderazgos intelectuales fuertes, como el de Alfredo Poviña. El segundo plano que Blanco formula se refiere a un conjunto de iniciativas que contribuyeron a la institucionalización, profesionalización y legitimación —en ciertos espacios— de su proyecto de sociología científica. Con relación al entorno cultural argentino, la trayectoria de Germani tenía como puntos de referencia la reacción antipositivista, la crítica al cientificismo materialista y mecanicista y la aproximación naturalista a la vida social, en buena medida alimentado por la implantación de la sociología y la filosofía alemanas. Entre 1925 y 1935 fueron traducidos al español, a través de la *Revista Occidente* y de su editorial de amplia difusión en Argentina, obras de Georg Simmel, Othmar Spann, Ferdinand Tönnies, Hans Freyer y Werner Sombart. Entre 1935 y 1945 los programas de enseñanza de la sociología incluían lecturas de algunos de estos autores, así como de Vierkanndt, Scheler, Weber y Mannheim. Intelectuales como Poviña, Raúl Orgaz y Renato Treves reflexionaban también sobre las ideas más representativas del legado sociológico alemán.

A contracorriente, Germani introdujo una nueva orientación sociológica que confrontó la distinción interna de la sociología, entre sociografía y ciencia cultural. Alejandro Blanco nos muestra a lo largo de su obra cómo la perspectiva de Germani abrevó del pragmatismo de John Dewey para impulsar una sociología científica fundamentada en los métodos experimentales de las ciencias naturales que podrían hacerse extensivos al estudio de los asuntos humanos y morales. Asimismo, retomó los fundamentos de sociología del conocimiento de Karl Mannheim para reflexionar cómo la investigación científica organizada podría proponer soluciones racionales a la crisis. La sociología podría contribuir a las tareas de planificación social; sin embargo, Germani sabía los riesgos que la sociología corría si sólo se destinaba a este oficio instrumental: podía quedar desconectada de cualquier problematización sobre valores o fines últimos, y verse al servicio de fines que escapaban a su dominio (pp. 124-125).

En relación con el legado *weberiano* en Argentina, Germani consideró que por aquellos años la recepción *weberiana* privilegió temas centrados en la metodología, como la comprensión, los tipos ideales o la sociología como ciencia del espíritu. Blanco explica que este sesgo, al recibir a Weber por parte de autores como Ayala, Poviña o Treves —representantes de la sociología de cátedra—, se debe justamente a que el aprendizaje de estos autores estaba destinado fundamentalmente a la docencia y la discusión de ideas, no al análisis de los fenómenos sociales. En esos años la sociología se impartía como una materia en otras profesiones y se encontraba además en pleno proceso de formación. Germani, de acuerdo con la interpretación de Blanco, centró su reflexión sobre la metodología weberiana con base en los objetivos de la investigación empírica, su convicción en torno al sentido unificador que debía tener la sociología como ciencia empírico-analítica y en los imperativos de la planificación (pp. 184-185).

Alejandro Blanco nos muestra a Germani como un sociólogo que difícilmente puede ser identificado con una sola corriente de pensamiento; de ahí que cualquier intento por etiquetarlo como *behaviorista*, pragmatista, empirista o cualquier otra, desenfoca la verdadera dimensión y complejidad de su pensamiento. Germani también abrevó de las aportaciones que la Escuela de Frankfurt había realizado sobre el fenómeno autoritario. No sólo había traducido y elaborado el prólogo, en 1947, de *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, sino que en 1954 editó la colección publicada por Paidós: *Psicoanálisis del Antisemitismo*, de Nathan W. Ackerman y Marie Jahoda. El prólogo estaba firmado por Max Horkheimer y Samuel Flowerman, quienes tenían a su cargo la dirección alternada de un conjunto de investigaciones sobre el origen y la naturaleza de los prejuicios. Un año antes, Germani también había mostrado interés por autores como Theodore Adorno, Else Frenke-Brunswik y otros de *The authoritarian personality*, como unas de las referencias más importantes de su primer libro *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, y en 1956 fue por el texto *La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo*. Germani incursionó en varios momentos en el análisis del fenómeno autoritario, y una de sus contribuciones más valiosas —destacadas por Blanco— consiste en la comparación que estableció entre la irracionalidad del autoritarismo, tal como se había manifesta-

do en Europa, y las características que asumió bajo el peronismo en Argentina. Este análisis permite mostrar la figura de Germani lejos de cualquier sociologismo o psicologismo que redujera la explicación de un fenómeno social a un solo elemento de imputación causal (pp. 150-156.)

Todo este esfuerzo de reflexión y análisis por parte de Germani sobre las más variadas escuelas de pensamiento sociológico cristalizaron no sólo en las actividades editorial, de difusión, polémica y de socialización intelectual, ya descritas. Derivaron para Blanco en un tercer escenario de su trayectoria en que emprende un proyecto institucionalizador de la sociología científica, cuando asumió, en 1957, la dirección de la carrera de sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Después de la caída de Perón, bajo un nuevo impulso modernizador al interior de esa universidad, y en un entorno internacional que impulsaba el desarrollo de las ciencias sociales y su enseñanza en toda América Latina, se facilitó la fundación de una Escuela de Sociología bajo la convicción de que las ciencias sociales diferían sólo en grado, pero no en clase, de las ciencias naturales; lo cual —señala Blanco en su obra— generó grandes expectativas sobre la contribución de estas ciencias a la solución y previsión de grandes problemas económicos y sociales. Para colocar a la sociología en la vanguardia del conocimiento y cumplir con estos objetivos, Germani emprendió un ambicioso programa de actualización bibliográfica a través de la creación del Servicio de Documentación de Sociología, encargado de traducir y publicar fragmentos de textos inéditos. También se publicaron, a través del Instituto de Sociología, los Cuadernos, con materiales necesarios para la docencia, las contribuciones de la sociología norteamericana y los resultados de investigaciones empíricas.

A Germani le interesaba introducir una formación sociológica de profunda raíz teórica y empírica, por lo que el idioma inglés fue uno de los requisitos de ingreso a la carrera, así como la obligatoria inscripción de sus alumnos en el Instituto de Sociología. Germani también se encargó de impulsar un amplio programa de cooperación con profesores e investigadores provenientes de Estados Unidos, Europa y Latinoamérica para reforzar el estudio de las técnicas y metodología de la investigación, y logró financiamientos internacionales (UNESCO) para estudiar, construir y analizar información sobre procesos de urbanización en zonas obreras de Buenos Aires, y procesos de estratificación y movilidad social en varias ciudades de Sudamérica. El proyecto de una sociología científica privilegió procesos de investigación que generaran documentación por parte del propio practicante de la disciplina, frente a la práctica sociológica hasta entonces dominante: la síntesis libresca.

Blanco no escatima al señalar las dificultades y confrontación intelectual derivadas de las dos formas dominantes en las que se representó la sociología en Argentina: la científica —enarbolada por Germani— y la denominada de cátedra —representada por Poviña—, y que derivaron en una clara disputa por los liderazgos, la representación y los financiamientos internacionales, aunados al auge de nuevas polémicas inspiradas en la recepción del marxismo.

Estas vertientes de la investigación le permitieron al autor del libro reseñado desarrollar líneas de argumentación sólidas y cuidadosas, que logran transmitir con to-

dos sus matices la complejidad de la obra y trayectoria de Germani, sin apelativos y con honestidad intelectual. El autor aporta, en consecuencia, un retrato de justa proporción sobre sus contribuciones y limitaciones en el desarrollo de la sociología en Argentina. El libro de Blanco es una de las contribuciones más interesantes a una rama del conocimiento disciplinar poco desarrollada por los propios sociólogos: la historia de la sociología, relegada por lo general al recuento de las ideas de sus autores más prominentes y sus respectivos planos biográficos como recursos explicativos, o bien, escrita como parte de una memoria conmemorativa. Historiar sobre la sociología constituye, desde nuestro punto de vista, un ejercicio de auto-observación de la disciplina que introduce planos de análisis indispensables para su propio desarrollo: la dimensión de la temporalidad, la narratividad y los estudios comparados, que en conjunto pueden derivar en el desarrollo de una sociología más circunstanciada, a la manera de Germani y de otro de sus contemporáneos: José Medina Echavarría.

Rodolfo Stavenhagen, *Los pueblos indígenas y sus derechos*, México, UNESCO, 2007, 183 pp.

GABRIEL BAEZA ESPEJEL*

Las últimas tres décadas se han caracterizado por un importante progreso y desarrollo respecto de los llamados “derechos de los pueblos indígenas”. Diversos países a nivel internacional han adoptado y modificado sus Constituciones agregando referencias sobre pueblos indígenas; tal es el caso en América Latina de Colombia, México, Ecuador, Nicaragua y Bolivia, entre otros. Asimismo, a nivel internacional se puede mencionar el Grupo de Trabajo sobre las Poblaciones Indígenas (1982), el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo —OIT— (1989)¹ y, la recientemente aprobada Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (2007).² En este contexto, en el año 2001, la Comisión de Derechos Humana-

* Posgrado en Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

¹ En 1957 la OIT (organismo tripartito, en donde hay representantes del gobierno, sindicatos y de los patrones) adoptó el Convenio 107 sobre poblaciones indígenas y tribales en países independientes. Años más tarde se adoptó el Convenio 169, que entró en vigor en 1991. Hacia 2007 había sido ratificado por 20 países. Dicho Convenio se refiere a la posesión de las tierras que ocupan tradicionalmente los pueblos indígenas, el reconocimiento de sus valores sociales y religiosos, el derecho consuetudinario, el derecho a los servicios de salud y el derecho a beneficiarse de la igualdad de las condiciones de empleo. Dos han sido los temas más importantes: el deber de los Estados de consultar con los pueblos indígenas y tribales cuando se examinan medidas legislativas o administrativas que los afectan y el deber de consultar antes de proceder a la exploración o explotación de los recursos naturales en las tierras que los indígenas utilizan.

² Después de un proceso de más de 20 años, finalmente el 13 de septiembre de 2007 fue adoptada por la Asamblea General la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas. Entre los puntos que trata se puede mencionar: la no discriminación,